

Cuando te encuentre

Bianca María Medina Rodríguez

Image not found.

Capítulo 1

Introducción

Con el tiempo aprendí que es mejor estar organizado, tener una rutina clara, establecer planes, ya que es la única manera de sentirse satisfecho, de realizar todo aquello que quiere ser realizado. No tenéis que decirme que "es un completo aburrimiento vivir así"; que no tengo vida o que no sé vivir. Lo cierto es que lo he escuchado en suficientes ocasiones y me importa más bien poco todo lo que el mundo tenga para decirme al respecto.

Me llamo Lilia, tengo veintidós años; trabajo en una cafetería cercana a Notre Dame, en el corazón de París; soy dueña de una vespa, me gusta su estilo y diseño aunque nunca he estado en Italia; planeo cada minuto de mi vida porque es la única forma en la que todos los engranajes dan lugar a una máquina perfecta; y, sobre todo, no me gusta hablar demasiado con la gente.

Seguramente os preguntéis a santo de qué elegí el sector de la hostelería cuando no me gusta relacionarme, la mejor respuesta es que no lo sé. Desde un principio solo encontraba trabajo detrás de la barra de un bar (esto era horrible ya que algunos borrachos tienen por costumbre contar su vida y pedir consejo), de camarera en algún restaurante o, como ahora, detrás de la barra de una bonita cafetería parisina. Lo cierto es que en este último puesto me siento a gusto. Mi trabajo no interfiere en mis planes ya que no tengo que improvisar demasiado. De hecho, yo diría que la refuerza puesto que la mayoría de los clientes son oficinistas que se pasan a horas determinadas por lo que solo me queda atenderles, entregarles su comanda y dar las gracias.

Con respecto a mi vida fuera de horario laboral no tengo demasiado que decir. Me suelo levantar a las seis de la mañana para tomar mi té verde y ponerme a entrenar escuchando cualquier pieza de Bach, Satie o cualquier compositor genuino que se os pueda ocurrir. Cuando termino el entrenamiento, alrededor de las siete menos cuarto, me aseo y preparo el vestuario correspondiente para, después, coger mi vespa he ir al trabajo en el cual tengo que estar a las ocho en punto para recibir a los primeros clientes atareados y sedientos de cafeína para despertarse.

En conclusión, mi vida se puede resumir a la perfección en un horario completamente fijo y estático y estoy muy orgullosa de ello.

Capítulo 2

Un día cualquiera

Como tenía que ser, hoy el día transcurrió según mis planes. Me levanté a las seis y llevé a cabo mi rutina establecida: té verde, entrenamiento con música (en esta ocasión con la sonata en La mayor número 11 de Mozart), aseo y al trabajo. Aunque al acercarse diciembre tenía que ir pensando en una nueva para el año siguiente.

Al llegar al trabajo a las ocho, Antoine ya había abierto y preparado las mesas. Él es el encargado la mayoría del tiempo puesto que, Beppe, el dueño, rara vez se encuentra. Es un chico muy amable, de hecho, la única persona que es agradable conmigo a diario, si bien no entiendo sus razones. Ton es el más antiguo en el local, ya trabajaba aquí cuando llegué hace seis meses, y supongo que eso ligado a su buena conducta es lo que le ha llevado a que nuestro jefe le confíe el manejo de la cafetería.

Nuestro jefe, Giuseppe, es un señor muy cordial descendiente de italianos. Nos obliga a llamarle por el diminutivo de su nombre, Beppe, y es muy bueno con todos independientemente de las capacidades de trabajo. Por lo demás, ya mencioné que no suele estar por aquí.

En último lugar tenemos a las otras tres camareras. A veces, Ton intenta hacerse el gracioso y les llama la triada de brujas cada vez que se pasan burlándose de mis planes. El pobre piensa que consiguen hacerme algún tipo de daño pero la verdad es que no entra en mis planes preocuparme por los comentarios que ellas u otras personas me hagan (y como sabéis, yo solo sigo mis planes).

Al llegar, dejé mis cosas en la sala de empleados rápido porque ya estaban arribando los primeros clientes atareados en busca de su café y alguna pieza de bollería o repostería y tenía que estar en mi puesto en la barra ya que Antoine se encargaba de todas las mesas puesto que la triada llegaba tarde. Esto último también forma parte de la tradición. Como ya os mencioné, estos momentos no llegan a estresarme pues solo tenía que anotar la comanda, servir, cobrar y dar las gracias. Todos tenían tanta prisa que no se molestaban en despegar su vista del teléfono móvil

o la tablet para mirarte a los ojos.

Normalmente este ajetreo solo dura una hora, así que a las nueve de la mañana me veo a mí misma con un latte macchiato caramel y un croissant como desayuno mientras Ton me sustituye en la barra. Lo cierto es que con el tiempo me fui acostumbrando a que él me reemplazara unos quince minutos después de la tormenta. Su amabilidad también se volvió parte de mi rutina aunque al principio desconfiara de sus intenciones como lo hago de las de todos los demás.

Sin embargo, no todos son como Antoine en La petite colazione[1], para el resto del personal soy una rarita que no se molesta en cumplimentar las funciones vitales, "un robot que casi ni se relaciona y mucho menos llegará a reproducirse" según las chicas a la hora del cierre la semana pasada. La verdad es que me dio igual ya que todo eso forma parte de mis planes, obviando la parte de "robot", he dejado claro que quiero relacionarme lo menos posible.

Escuchando comentarios de este tipo a espaldas mías, llegué a la conclusión de que a muchas personas no les bastaba con intentar molestarme a la cara y que lo más probable era que Antoine fuera tan amable conmigo por algún sentimiento de lástima. Si de verdad cree que ellas me afectan es un poco ingenuo, pero tampoco tiene la culpa de que yo me salga de las estadísticas.

- Gracias, Ton, ya he terminado. Puedo continuar yo.-dije como todas las mañanas, y como tal, él me respondió con una sonrisa. Nunca comprenderé sus atenciones.

- A las nueve y cuarto, como siempre, Lily.- fue extraño, su sonrisa era la de siempre, sin embargo, nunca antes me había hecho algún comentario. Sabe perfectamente que no me gustan las improvisaciones. Me quedé completamente descolocada.

- Eh... Sí, como siempre.- dije con un tono inseguro e inquisitivo mientras volvía a mi puesto a entregar un capuccino que mi colega

acababa de preparar.

- Dime, ahora que estamos a punto de finiquitar el año, ¿no entra en tus planes que el "como siempre" sea diferente?- aunque las personas suelen mencionar mis planes a modo de burla, Antoine dijo estas palabras de una manera muy natural, incluso dulce lo que me volvió a dejar pasmada. El caso fue tal que quemé al pobre cliente con su café al entregárselo torpemente y derramar parte de éste en su mano.

- ¡Cazzo! ¡No podrías mirar lo que haces pequeña! ¡Vivo de mis manos, idiota!- no conseguía centrarme entre Ton y su decisión de cambiarme la rutina y la actitud chulesca del cliente malhablado. No sé que se creía que iba a conseguir, pero si su objetivo era ponerme más nerviosa e irascible lo consiguió. Me estaban destrozando la rutina y encima viene éste a insultarme y decir palabrotas en otro idioma como si nada.

- Mi dispiace tantissimo, giovane. Ora faccio un altro cappuccino[2].- dije esto mientras le pasaba unas servilletas. Al entregárselas en lugar de cogerlas me cogió la mano, no de forma brusca, fue extrañamente delicado. Se estaba tomando demasiadas confianzas, por decir algo.

- Scusi ma, cosa fa? Lasciami![3]- intenté decirlo lo más calmada que pude. No me gusta el contacto físico así que fui complicado mantenerme serena. Cuando me solté, le miré a la cara y me encontré con unos ojos azules abiertos como platos en una expresión avergonzada.

- ¡Déjala tranquila!- profirió Antoine quién se había quedado atónito por unos instantes al verme fallar y por lo surrealista de la situación. Lo cierto es que nunca antes le había escuchado un tono tan agresivo, por definirlo de alguna manera.

- Lo siento...-dijo finalmente el joven que acababa de salir del ensimismamiento en el que se encontraba. Sin embargo, no le dirigió la mirada en ninguna ocasión. Al contrario, sus ojos no dejaban de buscar los míos, me ponía incómoda.

>>Tienes una novia muy bonita.- espetó por fin retando a mi compañero con la mirada y éste sencillamente la apartó. Ya volvía a ser el chulo malhablado, era todo un maleducado.

- No soy su novia y, en todo caso, no es asunto suyo. Si no quiere su café hay clientes esperando, le invito a irse.- no me reconocía, pero me sentí genial al pararle los pies. Lo que siguió fue extraño, sus ojos volvían

a encontrarse avergonzados pero sus labios sonreían de una manera pícaro cuando por fin se marchó.

Mi malestar era obvio, los dos me habían estropeado el día, pero si ese arrogante no hubiera continuado contestando con prepotencia sacándome de quicio, el cambio de guión no habría sido tan fuerte... Ahora no sé qué hacer, cómo improvisar.

- No sabías que hablaras italiano.- dijo Ton y hasta yo me di cuenta de que su único objetivo era hacerme olvidar su reacción al comentario del no muy educado cliente. Las chicas se echaban miraditas entre sí mientras atendían al resto de consumidores, a saber qué estarían pensando.- Se te da muy bien, parecías italiana. De hecho, creo que el imbécil ese se avergonzó de su manera de actuar.

- Cuando no trabajo, estudio idiomas por cuenta propia.- dije fría para a continuación irme al servicio. Tenía una sensación horrible en el pecho, creo que me estaba dando un ataque de pánico y la cafetería no necesitaba otra escenita más.

- ¡Eso es genial!- le oí exclamar mientras me marchaba.

Solo necesitaba espacio, respirar, fueron demasiadas palabras intercambiadas, incómodas palabras. No suelo hablar mucho con desconocidos y el hecho de que Antoine pretenda cambiar mis planes me pone peor, es simplemente agobiante. A pesar de todo, es hora de calmarme y volver al trabajo, tengo que respirar, respira, diez, nueve, ocho, siete... Y entonces lo primero que oigo al salir es:

- ¡Ja, ja, ja! Así que nuestro pequeño Ton está loco por nuestra máquina de café.- cómo no, tenía que ser la jefa de las brujas, Anaé. Será mejor que simplemente continúe con mi trabajo y la ignore como hace él.- Ignoradme todo lo que queráis tortolitos, os dejo a vosotros la hora de cierre así podréis estar juntitos. Lo que me faltaba, todo será tan incómodo. Aunque al fin y al cabo siempre suele marcharse antes que el resto para no tener que limpiar como todos. Claramente las otras la

siguen.

El día continuó con normalidad dentro de lo que cabe, a pesar de esto el malestar seguía ahí. Pronto dieron las nueve menos cuarto de la tarde, faltaban quince minutos para el cierre y una por una se fueron marchando las brujas del lugar.

- Adiós, chéries. Nos vemos mañana.- dijo la líder, no sé por qué hoy me molesta tanto.

Cuando finalmente quedamos los dos solos, Antoine comenzó a hablar:

- Eh... Yo... Yo siento mucho haberte estropeado los planes, Lilias. Sé que para ti este mes es especial y quería hacerte una pregunta importante. ¿Me lo permites, por favor?- seguro lo decía porque es cuando planeo el año siguiente. De todos modos el miedo a lo que iría a decir empezó a invadir mis vasos sanguíneos, aunque la verdad es que él no estaba mejor. El chico parecía un flan, estaba muy nervioso. Parecía un flan en un terremoto, solo me quedó asentir.- Gracias. Yo... yo he... he estado esperando este momento desde hac...

- Vuelvo a por mi cappuccino pequeña gattina.- interrumpió quién ya os imagináis y un escalofrío recorrió mi columna vertebral al sentirlo justo detrás de mí.- ¡Oh, qué pena, él sigue aquí!- en serio, creo que desde que tuvimos ese insignificante accidente mis planes y me bienestar sufren de una carencia notable. No sé qué pasará a continuación.

[1] "El pequeño desayuno" en una mezcla de francés e italiano.

[2] Lo siento mucho, joven. Ahora hago otro capuccino.

[3] Dículte pero, ¿qué hace? ¡Suéltame!

Capítulo 3

La pesadilla continúa

Estamos cerrados, imbécil. Te diría que volvieras mañana pero la verdad es que no me apetece volver a verte el careto— no sé dónde se había metido el camarero amable que me dio la bienvenida cuando conseguí este trabajo, pero desde luego no era el hombre que tenía enfrente.

— Eh, creo haber dicho pequeña gattina, en ningún momento te he hablado. A lo mejor pongo una queja, aquí el servicio deja mucho que desear. Además, si no me equivoco en el cartel pone que cerráis a las 21 horas, tengo cinco preciosos minutos para tomarme un cappuccino con la mia gattina y luego llevarla de paseo— mis músculos se tensan como el ambiente en el que nos encontramos al escuchar esas palabras, Antoine tiene razón, es un completo imbécil.

Me giro para llamarle la atención pero lo único que consigo es quedarme paralizada, no me reconozco, creo que todo es culpa de sus ojos que esta vez no me dejan escapar. No sé qué hacer, odio que me miren a los ojos pero tampoco consigo huir de su mirada.

— ¿Te comió la lengua el gato, pequeña?— su sonrisa pícaro volvió a sus labios mientras se acercaba cada vez más a mí hasta poner su cara justo delante de la mía, para esto tuvo que encorvarse lo que le daba un aspecto más amenazador. De por sí no me gusta estar tan cerca de la gente, pero este chico me sacaba especialmente de quicio.

— Tío, ya me estás tocando un poco las narices. Te dije que la dejaras tranquila esta mañana y te lo repite ahora o sino, tendremos problemas, y gordos— la ansiedad volvió a mi cuerpo con estas palabras de Ton, estaba lleno de ira y se iba a armar una buena.

— ¡Por favor!— susurré pero ellos no me oyeron, estaban demasiado ocupados viendo quién era más macho. Yo solo quería irme de allí.

— ¿Desde cuando me das órdenes, flacucho?— preguntó él, arrogante acercándose a mi compañero, que era un palillo comparado con su trabajado cuerpo. Antoine le empujó y comenzó la pelea— ¡No ves que no le interesas, iluso!—dijo lanzando el primer golpe.

— ¿Y tú si? Ni la conoces pirado, idéjanos tranquilos!— respondió mi compañera esquivándolo a la vez que se preparaba para pegarle justo en la barbilla. Él lo esquivó y tiró de su brazo haciendo que cayera tirándome a mí. Intenté sujetarme a la barra y terminé tirando unos vasos que se

rompieron cortándome el brazo.

— ¡Basta! ¡Esto no estaba en mis planes! Dejadme en paz los dos— salí corriendo al servicio a limpiarme la herida y a intentar calmar el ataque de ansiedad que llamaba a la puerta desde su llegada. El desconocido tentó seguirme pero solo dio dos pasos y a sus ojos azules volvió la vergüenza junto a la confusión.

— ¿Planes?— le oí decir al causante de todo el problema, y luego nada.

Antoine me había seguido y me hablaba desde la puerta, estaba preocupado pero la verdad es que no quería ver a ninguno. Es increíble como todo puede cambiar de un momento a otro, no aguantaba la presión en el pecho y me dolía una barbaridad la cabeza. De repente, también me di cuenta de las dimensiones de la herida, iba a necesitar puntos.

— No son asunto tuyo idiota— le responde mi colega al idiota...No sé su nombre, no le conozco y aún así me trata con una confianza incomprensible— ¿Estás bien, Lilia?— salgo sin responderle, dije que no quería hablar con ninguno y eso haré. Cojo rápido una toalla de la barra vintage detrás de la que suelo trabajar en esta pequeña cafetería parisina que, hasta hoy, había sido el sitio más tranquilo para trabajar y corro hacia la sala de personal en busca de mi teléfono y mi bolso, tengo que ir a urgencias. ¡Dios, cómo me duele la cabeza!— Lilia, por favor, estate tranquila, creo que necesitas puntos, déjame llevarte al hospital— vuelve a hablar Antoine quien me mira con preocupación, ambos se sienten arrepentidos por haberme hecho daño.

— Dije que me dejéis tranquila, Antoine y cómo te llames. Voy a coger mi vespa e iré yo misma al maldito hospital— estaba haciendo una escena, aún no había conseguido calmar mi ansiedad. Por suerte en lugar de debilidad parecía estar verdaderamente cabreada por lo que solo se callaron. Entonces pasó, me giré hacia la puerta y todo se puso en negro.

— ¡Lilia!— alguien gritó mi nombre mientras caía, no tengo idea de quién, solo sé que consiguió evitar un segundo golpe.

Cuando abrí los ojos me encontré al idiota causante de todo mirándome preocupado, fue él quien gritó mi nombre y quien me evitó otro golpe en la cabeza ya que paró la caída. En ese momento algo me dijo que no debía ser tan dura con él, pero no soy una gran experta con lo que a sentimientos y presentimientos se refiere. Ahora mismo no sé qué hacer, ignoro lo que ocurrirá a continuación y me veo cautiva de esos ojos otra vez. Tan cerca de ellos me doy cuenta de que no tienen nada que ver con ningún par de ojos azules que haya visto con anterioridad, su azul es tan claro que parece tener un pasado gris que no termina de hacerle perder la

esperanza... Me calma.

— ¿Estás bien, Lilia? Por el amor de Dios, déjame llevarte al hospital— continuó Ton, yo no dije nada, solo seguí mirando los ojos del desconocido. No podía librarme de su hechizo—. Por favor... —repitió, pero nosotros seguimos callados observándonos el alma.

— Estoy bien, Antoine— dije más calmada, como si hubiera olvidado todo lo que había pasado— ¿Cómo te llamas? —pregunté al desconocido con el que aún no había roto el contacto visual.

— Bellamy. Siento todo lo que ha pasado, no era lo que tenía planeado...— sus últimas palabras me hicieron reír de una manera que ignoraba, en ese momento me despertó cierta simpatía.

— Bueno, Bellamy, creo que la has cagado suficiente. Ya puedes irte— le escupió Ton con todo el veneno que acumulaba. No defendí al ya no tan desconocido, pero tampoco respaldé a mi colega. Sí, seguía embobada con su mirada y él con la mía así que solo contestó:

— Adiós— pero con los ojos me confesaba que volvería a saber de él y que con suerte la situación sería menos caótica.

Antoine me llevó al hospital como dijo, también se pasó todo el camino disculpándose, era como si hubiera olvidado su declaración. Sin embargo, cuando terminaron de curarme la herida, revisarme las constantes y, por fin, supo que estaba bien, continuó desde el punto en el que Bellamy le había interrumpido.

— Bueno, qué dices, Lilia, ¿me das la oportunidad de comenzar contigo el nuevo año?

— Lo siento, Ton, pero ya sabes que tener una relación no entra en mis planes y, a pesar de que estamos a principios de diciembre y aún no me he organizado, no me veo en una relación en el futuro. Te agradezco lo amable que eres conmigo pero no. —dije nerviosa, nunca antes había tenido que enfrentarme a una situación así.

— Tú y tus planes... Bueno, tenía que intentarlo. Tendré que esperar al próximo diciembre. No me rendiré, Lilia. No soy de los que se rinden— su seguridad era arrolladora, tanto que asustaba. Espero no tener problemas con él también en el trabajo. Hoy he visto una faceta suya que da bastante miedo, todo será más difícil ahora que sé que era diferente al resto porque le interesaba.

— No sé qué pasará...— dije mientras nos preparábamos para irnos. No

recuerdo haber dicho algo así nunca, o al menos en mucho tiempo.

El resto del viaje transcurrió en un silencio incómodo que solo se rompió en el momento en el que se despidió desde su coche y yo le di las gracias desde la puerta de mi portal. Cuando llegué a mi piso me invadió un cansancio absoluto, no me creía todo lo que había pasado y no me veía capaz de ir al trabajo al día siguiente. Decidí avisar a mi jefe de que me ausentaría, sabía que estaba rompiendo de nuevo la rutina, pero sería aún más frustrante enfrentarme a mis compañeros al día siguiente.

Al final de todo, solo me apetecía dormir y ya en la cama, cerré los ojos y... le vi a él.

Capítulo 4

Día de descanso

Me desperté como siempre, a las seis de la mañana, esta vez con la melodía Requiem de Mozart sonando por toda la casa. Sin embargo, todo había cambiado.

El recuerdo del día anterior me invadía y destrozaba, no había cumplido el plan (hoy tampoco lo haría), me había herido y no podía dejar atrás las palabras de Antoine y los ojos de Bellamy... ¡Dios, esos ojos! Nunca antes había visto lo que vi en ellos y eso me despertó una curiosidad peligrosa.

El día anterior estuvo lleno de novedades y eso me gusta tanto como el contacto con el resto de la población y la obligación de relacionarme.

Continué el día como solía hacerlo, entrené, me aseo, desayuné a las nueve, todo igual... menos porque no estaba trabajando y no podía olvidar todo lo sucedido. Lo cierto es que decidí alargar el entrenamiento con la esperanza de despejarme, pero no sucedió.

Después del desayuno me puse a estudiar italiano. El problema que tuve con esta decisión se encontraba en que, de repente, todos los ejercicios trataban de relaciones: relaciones que se rompen, amores no correspondidos, matrimonios de décadas, nuevos noviazgos... La verdad, no sabía si el universo se había confabulado contra mí o simplemente antes no me había dado cuenta de que estaban ahí. A pesar de que me molestaron bastante los hice, si me quedaba sin hacer nada en todo el día sería peor.

Al terminar, me dispuse a acercarme a la farmacia del barrio a comprar un kit de curas básicas para encargarme yo misma de curarme los puntos. Tendría que ir al centro de salud en una semana sí o sí, pero haría todo lo necesario para no tener que repetir demasiado las revisiones y lo mejor era mantener el corte bien desinfectado. Cuando salí con mi kit en mano, recibí un whatsapp, me sorprendió bastante ya que solo tenía la

aplicación por motivos de trabajo y ese era mi día libre.

— ¡Eres toda una rompe corazones chérie! Hoy un tal Bellamy te mandó unas amapolas rojas muy bonitas. La nota decía que sentía haber provocado tanto lío y que estaría pendiente de ti— la que me enviaba el mensaje era Anaé—. Bueno, aquí te dejo una foto de cómo quedaron después de que nuestro pequeño Ton leyera la nota... Una pena, au revoir!

El mensaje adjuntaba una foto de unas flores destrozadas en el contenedor de basura que usamos en cocina. La imagen hizo que me enfadara incluso más que el día anterior. Sin duda, Antoine no sería el mismo chico amable. No me parecía normal que se tomara las libertades de deshacerse de algo mío sin mi consentimiento.

Por otro lado, me pareció entrañable el detalle de Bellamy, y eso no me gustaba. A pesar de todo, decidí no dejarme llevar por esa arpía rubia y mantener la mente fría. Mañana vería si Antoine tenía la cara tan dura como para no mencionar las flores.

De nuevo en mi piso me propuse intentar olvidar todo con más fuerza. Puse la primera lista de reproducción que me recomendó Youtube y fue lo peor que pude hacer. Un montón de canciones emotivas invadieron la casa el resto del día y me fui temprano a la cama con una creciente sensación de tristeza que me invadía poco a poco. Entonces, recordé sus ojos azul grisáceos y me dormí.